

LA OTRA CARA DEL VOTO

Es difícil sustraerse a la resaca del voto. Voy a referirme, por eso, a algunos de los aspectos de las recientes elecciones. Voy a referirme a aspectos externos, sin entrar en las tripas de lo



votado, que de esto último espero hablar en otra ocasión. Llama la atención, antes de nada, el poco espacio que los comentaristas en general conceden a la abstención. Especialmente cuando el tirón para votar venía dado por la simultaneidad con elecciones autonómicas y municipales. Dado que en Europa la abstención ha sido grande, se supone que andar alrededor del 40 por ciento no tiene ningún significado político. Y no es así. Porque mucha gente se abstiene como muestra de rechazo a lo que tiene a la vista. Y lo que tiene a la vista es tanto un sistema electoral deficiente como unos partidos políticos que no le animan a molestarse a votar. De la misma manera que llama la atención la abundancia de lo que se miente, cómo se miente, la capacidad de mentir sin descomponer el rostro. Un portavoz socialista salió, exultante, diciendo que su grupo había ganado y que eran los únicos que habían subido en votos. Ni habían ganado ni habían sido los únicos. Los que, proporcionalmente, habían ganado más votos, por cierto, eran los de Euskal Herriarrok. Pero como eso duele, lo mejor es ignorarlo. En cualquiera de los entrevistados de los distintos partidos, y si se exceptúa a Izquierda Unida, asomaba la sonrisa ante la victoria y unos cálculos siempre favorables. Se me dirá que esto ha sido siempre así, que va en el rito de las elecciones, que corresponde a un género literario en el que la interpretación podría volar con más libertad que un pájaro o a tantas cosas más. Puede ser. No seré yo quien quite ilusiones o ponga seriedad allí en donde lo que abunda es la tristeza. Pero hay mentiras y mentiras. Como hay límites a las mentiras. Una cosa es, por ejemplo, mentir cuando se seduce y otra mentir cuando se informa. La información, por principio, debe respetar los hechos independientemente de que después se interpreten de una u otra manera tales hechos. Es como decir que uno es más que dos o que cero es más que uno. Y es lo que estuvimos oyendo, en una ensalada de datos, toda la noche. Y las mentiras, repito, tienen límites. El límite es el de la decencia intelectual. El límite señala, además, el ejemplo pedagógico que debería darse al elector respetándole un poco más. Y es que el voto es susceptible de manipularse de muchas maneras. La manipulación puede tener antes de las elecciones, después de las elecciones y comentando las elecciones. Ésta última, conviene notarlo, también es manipulación. Todavía un apunte sobre dichas elecciones. Llama la atención el hervidero de comentarios oficiales que, pegados al micrófono o a la cámara nos van dando la buena o la mala nueva como si retransmitieran un partido de fútbol. Aunque, a decir verdad, a uno le gustaría que lo retransmitieran realmente así. Porque, al

menos, se fijarían en las jugadas que se están dando. Con la moviola, dicho entre paréntesis, se convierte en un placer para aquellos que gozamos con el fútbol. No es ése el caso. Cada uno viene con la chuleta ya

hecha. Cada uno viene desde su propia casa o caseta y con los colores del partido que le envía. Se hurta, de este modo, la posibilidad de una discusión seria, una ampliación de los puntos de vista que alcance a todo lo que está sucediendo. Y se hurta, sobre todo, la ponderación sopesada de los rincones de las elecciones, de esas partes que siempre son descuidadas porque molestan, porque no interesa, porque harían añicos la chuleta. Está de sobre que nos hagan creer lo que a ellos les interesa. Está de sobre que nos quieran hacer creer lo que, suponen, es bueno para todos. Habría que recordar, más bien y como lo dejó escrito el sabio ilustrado, que no es la credulidad la que lleva a la verdad sino, muy por el contrario, es la sana sospecha la que nos aproxima a lo que, después, llamamos verdad.

Javier SÁDABA

EL RUIDO Y LA FURIA

La liturgia electoral ha vuelto a concelebrarse con la rutina, la oquedad y el oropel de siempre. Adobada, además, por exabruptos, injurias y descalificaciones escatológicas de quienes se presentan como ciudadanos dignos de ser elegidos al servicio de su comunidad.

Era, teóricamente, una competencia entre élites, entre gentes que debían sentir esa «emoción del bien público regida con lucidez» en que consistía la política para don Manuel Azaña. Cualquiera parecido de la realidad con esa definición es una fortuita coincidencia. Nuestro pequeño mercado electoral no da para tanto. Una nada redonda sin más aristas que las embestidas de unos contra otros intentando desesperadamente ocultar su vacío intelectual, ideológico y político.

«Esa España inferior que ora y embiste/ cuando se digna usar de la cabeza», que describía con desdén y amargura don Antonio Machado, está más presente que nunca en las contiendas electorales, en las que los candidatos,



los programas, los insultos, las mentiras y los cuentos están meticulosamente decididos y planificados por las oligarquías partidarias con mando en plaza. Ellas son la grandes protagonistas

del fasto electoral. El público es un simple espectador de sus alquimias y prestidigitaciones. Un triste espectador de ese arte de hacer imposible la verdad que es la política cuando se convierte —casi siempre lo hace— en propaganda.

Va creciendo la abstención como decisión democrática de muchos ciudadanos que vienen de muy lejos, saben todos los cuentos y tienen muy claro que su mundo no es de este reino. No pude ser de un reino en el que millones de personas aclaman a figurantes que milagrosamente, gracias a las buenas amistades y a los muchos consensos repetidos, van consiguiendo librarse de muy fundadas acusaciones por terribles «crímenes de Estado».

Mientras responden sus sayones, los máximos responsables corren de plaza en plaza entre minervas y martes. Me lo decía recientemente un viejo amigo republicano: la mejor ilustración de las elecciones es la mala figura triunfadora de un González y un Gil, mientras el electorado castiga y humilla a Julio Anguita, un hombre limpio que tiene el coraje de llamar a las cosas por su nombre, decir la verdad pese a quien pese y no escamotear sus convicciones ante nada ni ante nadie. Gil y González en el cortejo de los paladines y Julio Anguita abandonado por una multitud de electores que prefiere la aritmética del voto llamado útil —que es siempre el más encanallado— a la ética y a la estética de la política y del bien público. Pero es un cuadro aleccionador para los que aún piensan que la democracia es ya una realidad, la libertad política una conquista y la igualdad social un maná que anida en el sistema. Para los que insisten en creer que su mundo es de este reino. O el relato de un idiota lleno de ruido y de furia, como pensaba Macbeth.

En medio de la campaña, la penosa noticia de la muerte de un caballero, compañero y amigo: José Joaquín Díaz de Aguilar. Amante de la libertad y apasionado por la justicia. Ya es hombre y plaza a un tiempo, allá en la ciudad de Las Palmas, donde está su tierra. Como ha dicho el maestro Antonio García Trevijano en su honor, «en tiempo de consagración oficial de la falacia, honrar la memoria de un hombre público por haber sido verdadero es signo de grandeza moral».

Que nuestros mejores dioses lo guarden y acompañen siempre en esa mar canaria encabritada donde la lluvia celebra siempre cantos últimos.

Joaquín NAVARRO ESTEVAN

DAÑOS COLATERALES DEL 13-J

La política depara muchas sorpresas, y no todas agradables, para los políticos más ambiciosos. El espía J.B., que acaba de regresar de un viaje por tierras catalanas durante la jornada del 13-J, cuenta que no sólo los socios de Pujol en CiU están «ligeramente molestos» por los resultados que han deparado las urnas. La verdadera sorpresa ha sido para los siempre belicosos miembros del PI, el partido de los independentistas catalanes que, según el espía, podría incluso desaparecer.

Recuerda Juan Bravo cuando sus dos más carismáticos (es un decir) líderes, Angel Colom y Pilar Rahola, se marcharon de Esquerra Republicana de Catalunya, con su escaño

y sueldo anexo debajo del brazo, para dedicarse a montar el partido por su cuenta. No habría estado mal de haber empezado la casa desde los cimientos, pero se quisieron llevar hasta los muebles de su antigua formación y optaron por el transfuguismo.

Lo que ocurre en España es que los electores no gustan tanto como los políticos de eso de hacer bromas con los votos. Y, claro, cuando hay que acudir de nuevo a la urnas, suelen recordar a quienes dieron el voto hace cuatro años y que hicieron con el suyo Pilar Rahola y sus amigos. Tantas bromas de la Rahola, y al final cierra ella.

Juan BRAVO

